HARLEQUIN®

Bianca®



Matrimonio siciliano

Sandra Marton

Matrimonio siciliano

Sandra Marton



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2005 Sandra Myles. Todos los derechos reservados.
MATRIMONIO SICILIANO,Nº 1631 - mayo 2012
Título original: The Sicilian Marriage
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2005

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin y Bianca son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-687-0083-0
Editor responsable: Luis Pugni

Capítulo 1

GIANNI Firelli estaba inquieto. Eran las seis de una cálida tarde de mayo y llevaba mucho tiempo atrapado en la celebración del nacimiento de la hija de Stefano Lucchesi.

Había demasiada gente en la habitación y todos hablaban demasiado alto. Además, si volvían a ponerle un bebé chillón debajo de la nariz, él iba a olvidarse de que se esperaba que respondiera con una sonrisa. Entre los bebés que estaban en camino y los que ya habían llegado, se podía hacer un equipo completo de fútbol.

Al parecer, Stefano había pasado a formar parte de una familia bastante fértil.

Como si aquello no fuera suficiente, hacía una hora, Tomasso Massini, uno de los mejores amigos de Gianni, se había presentado con su mujer, su embarazadísima mujer.

Gianni le estrechó la mano, besó a su mujer y dijo lo que se decía en esos casos, aunque se preguntara cómo era posible que Tommy también hubiera llegado a esa situación.

La rubia de piernas interminables era lo único interesante que había visto, pero resultó ser tan arisca como digna de atención.

Gianni suspiró y miró disimuladamente el reloj. Unos minutos más y podría marcharse sin parecer grosero. Hasta entonces, tendría que sonreír, decir lo que se esperaba que dijera e intentar encontrar una explicación

para que Stefano no sólo renunciara a su libertad de soltero sino que además fuera padre.

Él, Gianni, no tenía nada contra el matrimonio o la paternidad. Se imaginaba que algún día sentaría la cabeza, se casaría y tendría un par de hijos, pero todavía faltaba bastante para que llegara ese día.

Stefano y Tomasso parecían felices, pero eso no impedía que no entendiera que hubieran renunciado a la libertad cuando tenían treinta y tantos años.

¿Era una conjura?

Estuvo a punto de preguntárselo a Tomasso, pero no se bromeaba con un hombre que estaba a punto de ser padre, aunque fuera su amigo desde los diez años. Tommy, Stefano y él habían crecido juntos en las bulliciosas calles de Little Italy, en Manhattan. Sus caminos no volvieron a cruzarse muy a menudo, pero siempre podían contar con los demás cuando había un buen motivo.

Naturalmente, los bebés eran un buen motivo.

Alguien, uno de los cuñados de Stefano, le pasó rozando con un niño en brazos que no paraba de llorar. El niño olía de lejos y no a polvos de talco precisamente.

–Perdón –se excusó el padre con una sonrisa.

–No pasa nada –consiguió decir Gianni antes de salir a la terraza para respirar aire puro.

Se quedaría allí para disfrutar de la vista de Central Park, que estaba cuarenta pisos por debajo de él, y para pensar si le apetecía ver a Lynda esa noche sin tener que fingir que estaba encantado de que sus dos mejores amigos se hubieran vuelto locos de remate.

Quizá hubiera debido seguir el dictado de su instinto y no haber ido a la fiesta. Había estado tentado de mandar un regalo de Tiffany's con una nota en la que explicaba cuánto sentía no poder ir y todas esas cosas. Sin embargo, ¿cómo iba a faltar a la celebración del nacimiento del hijo de Stefano? No había ido a la

boda; los aeropuertos estaban cerrados por el mal tiempo...

Allí estaba él. La rubia con piernas más largas que un día sin pan también estaba allí.

Gianni frunció el ceño. ¿Otra vez ella? Tampoco había nada mejor en qué pensar. Ella ya se había ocupado de disuadirlo, pero como no tenía mucho que hacer, sus pensamientos habían vuelto a ella.

Una vez tuvo un dolor de muelas y no podía dejar de pasarse la lengua por la muela dolorida, aunque lo intentara por todos los medios.

Aquello era igual de absurdo.

Gianni echó una ojeada por el enorme salón de los Lucchesi. La rubia charlaba animadamente con Karen, la mujer de Tomasso, como si fueran buenas amigas.

Ella ni siquiera le había sonreído.

No le importaba gran cosa. No era su tipo en absoluto. A él le gustaban las mujeres menudas, morenas y femeninas por los cuatro costados. Lynda cumplía todos los requisitos. Además, tenía buenas curvas, mientras la rubia era flacucha como un chico. Lynda sonreía cuando un hombre le sonreía. La rubia no. Dispensaba sus favores como si se trataran de un bien preciadísimo.

–¿Desea beber algo? –le preguntó un camarero que había salido a la terraza.

Gianni asintió con la cabeza, tomó una copa de vino tinto y se la llevó a los labios.

La rubia y él habían llegado al vestíbulo del edificio al mismo tiempo. Las puertas del ascensor estaban cerrándose cuando él oyó una voz femenina.

–Un momento...

Una delicada mano se metió entre las puertas. Gianni pulsó el botón para abrirlas y vio a la rubia. Lo primero que pensó fue que no era su tipo. Luego, le dirigió una educada sonrisa.

–Perdone, no le había visto.

Ella lo miró un rato con expresión de recelo.

–Este ascensor es privado –aseguró ella.

–Lo sé –replicó Gianni con una sonrisa vacilante.

–Sólo va al ático.

–Me alegro –comentó él irónicamente–, resulta que voy allí.

–El portero le ha...

–¿Quiere ver mi permiso de conducir, pasaporte y certificado de nacimiento? –le preguntó Gianni sin sonreír–. ¿O quizá deba pedirle yo su documentación?

Eso por lo menos consiguió que se le sonrojaran levemente los pómulos.

–Voy a la fiesta de Lucchesi.

–Yo también. Mejor dicho, iré si se decide a entrar y se pueden cerrar las puertas.

Ella entró y se colocó detrás de él con la mirada fija al frente. Él decidió darle otra oportunidad.

–¿Es amiga de Fallon?

–No –contestó ella sin mirarlo.

–¿De Stefano?

–No.

–Entonces, está con...

–Me parece que no es de su incumbencia –replicó antes de mirarlo con unos ojos gélidos–. Además, no me interesa.

Le tocó a él congestionarse.

–Le aseguro que yo no... –empezó a decir él.

Se abrió la puerta del ascensor. Gianni salió sin esperar a que saliera ella antes. Era una suerte que el ascensor los dejara directamente en el vestíbulo de la casa de Stefano. No estaba seguro de lo que habría hecho si se hubieran quedado delante de la puerta del piso y hubiera tenido que decidir si llamar al timbre o mandarla al infierno.

Él sabía que era ridículo, pero era más ridículo toda-

vía que ella lo hubiera llevado a pensar algo tan infantil. Estaba a punto de decirle lo que pensaba cuando vio a Stefano que se acercaba a él. Sonrió y la rubia pasó de largo, dio un gritito de alegría y se abalanzó a los brazos de Stefano.

–¡Stefano! –exclamó ella mientras Gianni se mezclaba con la multitud con gesto de disgusto.

Al parecer, la princesa de hielo reservaba su sonrisa para unos pocos elegidos.

En ese momento, vio que sonreía a la mujer y a la hija de Stefano y que tomaba a ésta en brazos. El bebé pataleó y la rubia no sólo volvió a sonreír sino que echó la cabeza hacia atrás y se rió.

Fue una risa ronca y profunda. En otras circunstancias, le habría parecido una risa muy seductora.

Gianni entrecerró los ojos.

Comprobó que se había equivocado en algunas cosas sobre ella. No tenían ninguna importancia dadas las circunstancias, pero le gustaba apreciar correctamente los detalles. Su pelo no era rubio sino de un dorado con docenas de matices. Tampoco era flacucha, era esbelta, pero con unas caderas redondeadas y un trasero bien formado.

Además, cuando levantó a la niña en el aire, sus pechos se elevaron y hasta un ciego se habría dado cuenta de que eran redondos y rebosantes, y que no estaban constreñidos por un sujetador.

El vestido de seda verde se ceñía lo suficiente a su cuerpo para poder distinguir el contorno de sus pezones. ¿Cómo serían? ¿Grandes o pequeños? Supuso que serían de un rosa intenso, como sus labios; delicados, sedosos y sensibles. Se endurecerían con sus caricias, cobrarían vida con el contacto de su lengua...

¿Qué estaba haciendo? Aquello era un bautizo, no una despedida de solteros. Afortunadamente, estaba en la terraza y podía ponerse de espaldas a la fiesta, porque

sus erráticos pensamientos habían tenido el efecto predecible en su anatomía.

Gianni se concentró en el paisaje de Manhattan, que estaba bañado por toda una gama de colores rosados por la puesta del sol. Sin embargo, tampoco era una buena idea fijarse en los colores que le llevaban directamente a los pechos de la rubia.

El verde era un color mejor. El verde del boj que había plantado en un macetero. El verde del vestido de la rubia que se ceñía...

–Es guapa, ¿verdad?

Stefano estaba junto a él con una sonrisa y una botella de vino en la mano. Gianni asintió con la cabeza y puso la copa para que se la llenara.

–¿Era tan evidente? –le preguntó Gianni con una sonrisa de resignación.

–¿Estás de broma? Pues claro...

–Gracias.

–Sólo he dicho la verdad.

–Para ti es muy fácil decirla.

–De acuerdo, pero ¿quién se mantendría impasible ante esa belleza?

–Tampoco exageremos. Es atractiva si te gusta ese tipo.

–¿Atractiva?

–Sí. Tiene lo que hay que tener y donde hay que tenerlo –Stefano lo miraba como si se hubiera vuelto loco–, pero no por eso es impresionante.

–Lo dices de broma, ¿verdad?

–¿Por qué iba a bromear? Lo digo completamente en serio. Además, no es más encantadora que una tarántula.

Stefano se puso serio.

–Tienes suerte de que seamos amigos desde le infancia, Firelli, si no, te ibas a tragar tus palabras.

–¿Qué te pasa? ¿Vas a enfadarte conmigo porque no esté de acuerdo en que una mujer es impresionante?

–Desde luego que sí. Esa mujer es... esa mujer es... –Stefano volvió a arquear las cejas–. ¿Qué mujer?

¿Acaso eso era lo que le pasaba a un hombre cuando se casaba y tenía un hijo? ¿Perdía la cordura además de la libertad?

–La rubia, naturalmente –concretó Gianni con impaciencia–. La que te saludó tan efusivamente. Por cierto, ¿Fallon no dice nada de esas cosas?

Stefano abrió los ojos como platos, echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

–Maravilloso –comentó Gianni con frialdad–. Me alegro de que te parezca...

–¡La rubia! –exclamó Stefano–. Dios mío, la rubia...

–Efectivamente –Gianni dejó la copa en una mesa y fue hacia la puerta.

Stefano lo agarró del brazo.

–¿Adónde vas, idiota?

–Lucchesi, no me gustaría tumbarte en presencia de tus invitados, pero... –le amenazó Gianni entre dientes.

–¡Hablaba de mi hija!

–Ya, y yo te he dicho... –Gianni parpadeó–. ¿Tu hija? –Gianni se sonrojó–. ¿Hablabas de tu...?

–De Cristina. Claro. Tú creías que hablaba de una mujer.

–Caray –Gianni se apoyó en la barandilla de la terraza y miró distraídamente hacia la penumbra que empezaba a envolverlos–. Tienes razón, soy un idiota –farfulló.

–Me alegro de que estemos de acuerdo en algo –los hombres se quedaron en silencio un momento, hasta que Stefano se aclaró la garganta–. Entonces, ¿de qué rubia hablabas tú?

–No importa –contestó Gianni con un gesto de las manos–. La que casi se abalanzó en tus brazos cuando llegó –le explicó al cabo de unos instantes.

–No me aclara nada, Firelli. Todas las mujeres se abalanzan en mis brazos.

–Será mejor que tu mujer no sepa que lo has dicho –Gianni se rió entre dientes.

–Será mejor que su mujer no sepa, ¿qué? –preguntó Fallon con una sonrisa mientras se unía a ellos–. Gianni, me alegro de verte.

Gianni sonrió y le dio un beso en la mejilla.

–Yo también me alegro de verte, Fallon. La maternidad te ha dado más encanto. Creía que eso era imposible.

–Los sicilianos siempre sabéis cómo hacer que una mujer se sienta bien.

–Será a algunas mujeres –aclaró Stefano–. Al parecer, una de nuestras invitadas ha rechazado la oportunidad de engrosar la lista de Gianni.

–Stefano... –le advirtió Gianni.

Stefano pasó el brazo por la cintura de su mujer.

–Vamos, no seas tímido. Si te interesa alguna de nuestras invitadas...

–No me interesa –replicó Gianni precipitadamente–. Sólo he dicho...

–Señálamela –le propuso Fallon–. Te la presentaré.

Gianni miró a Stefano, que tenía una sonrisa de oreja a oreja.

–Maldita sea, Lucchesi. Fallon, tu marido ha dado rienda suelta a su imaginación.

–Yo sé quién es –aseguró Stefano como si Gianni no estuviera presente.

–No lo sabes –negó Gianni inmediatamente–. Debe de haber media docena de rubias en esta fiesta.

–Pero tú dijiste que ésta se había abalanzado en mis brazos.

–¿Y?

–Y que era atractiva –Stefano guiñó un ojo a su mujer–. Atractiva, pero no guapa.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Gianni con frialdad.

–Quiero decir que sé quién es ella –contestó Stefano con orgullo–. La mujer en cuestión es mi cuñada.

Gianni se quedó mirando fijamente a su amigo.

–¿Tu...?

–Se refería a Briana –le explicó Stefano a su mujer–. ¿Por qué un hombre que piensa que una mujer es atractiva pero no guapa se queda prendado de ella?

–No estoy prendado de ella. Ese tipo de mujer nunca me ha parecido interesante... Demonios, estoy empeorando las cosas, ¿verdad?

–Sí –concedió Fallon mientras se soltaba de su marido y se agarraba del brazo de Gianni–. La única solución es que me dejes presentarte a Bree para que comprendas exactamente lo que nunca te ha parecido interesante.

Stefano y Fallon se echaron a reír y él también intentó reírse mientras ella lo arrastraba a la sala llena de gente. Afortunadamente, pensó Gianni después de una rápida ojeada, Bree o Briana o como quiera que se llamase, se había ido.

–Me habría encantado conocerla –mintió Gianni entre dientes–. Es una pena que al parecer se haya ido.

–Ha subido al piso de arriba a cambiar los pañales de la niña –dijo Fallon mientras se dirigía hacia una escalera de caracol–. Y no voy a dejar que te escabullas.

–Fallon, de verdad, lo siento. No debería haber dicho lo que dije de tu hermana. Estoy seguro de que es encantadora y guapa...

–¡Bree! –exclamó Fallon–. Por fin te encuentro.

Gianni dejó de mirar a su anfitriona para mirar a la mujer que bajaba por las escaleras.

Había acertado la primera vez.

Briana O'Connell no era guapa.

Era impresionante.

La melena rubia le caía hasta los hombros y enmarcaba un rostro dominado por unos ojos azules como el mar. La boca, de un color rosa intenso, era tan carnosa que despertaba en él el deseo de paladear su delicada

calidez. Los pechos eran tersos, la cintura esbelta, las caderas suavemente redondeadas y las piernas largas, interminables.

Por lo menos no intentó congelarlo con la mirada. Aunque tampoco le habría resultado fácil cuando no lo miró más de un segundo.

–Bree, te presento a Gianni Firelli. Gianni, ella es Bree, mi hermana pequeña.

–Me llamo Briana –puntualizó el espectro rubio antes de dirigirse a su hermana–. La niña se durmió en cuanto la metí en la cuna. La he dejado con la niñera, ¿te parece bien?

–Perfecto. Bree... Gianni es uno de los mejores amigos de Stefano.

Esa vez, Gianni se mereció la atención de su gélida mirada.

–Me alegro por los dos. Si me disculpas...

–¿Por qué iba a disculparte? –Gianni se separó un poco de Fallon, se acercó a Briana y bajó la voz–. ¿Siempre eres tan impertinente o es algo personal?

Aquellos ojos azules colisionaron con los de Gianni y él pudo captar en lo más profundo un destello de pasión que estuvo a punto de abrasarle las entrañas.

–Te sobreestimas –susurró ella antes de marcharse.

Gianni nunca había entendido lo que quería decir que a alguien le hirviera la sangre, pero entonces lo entendió. La miró alejarse y se imaginó el placer de seguirla, de agarrarla y sacudirla hasta que ella le pidiera piedad...

O de tomarla entre los brazos, llevarla a alguna habitación donde pudiera quitarle ese vestido verde y esa mirada heladora, acariciarle el pelo y besarla hasta que ella se entregara y la rogara más...

–Lo siento mucho, Gianni...

Él parpadeó y miró a Fallon. Ella parecía tan alterada como lo estaba él.

–Bree no es... no es arisca. No sé qué le ha pasado.

–No te preocupes –le tranquilizó Gianni con una sonrisa algo forzada.

–Sí me preocupo. Voy a buscarla y a...

–No –lo dijo rotundamente. Gianni volvió a esbozar una sonrisa y empezó otra vez–. De verdad, Fallon, no me siento ofendido.

–Pues deberías estarlo. Luego, cuando estemos solas...

–Olvídalo. A lo mejor tiene un día difícil.

–¿Bree? ¿Un mal día? Eso es imposible. Ella no hace nada que pueda llamarse difícil.

Excepto tratar a los hombres como si fueran despreciables, pensó Gianni, aunque no lo dijo. Fallon no era responsable del comportamiento de su hermana.

–¿No tiene un trabajo?

–Ha tenido miles. Ha sido fotógrafa, asesora de viajes, dependienta, ayudante en un concurso de televisión... Nuestra madre dice que todavía está intentando encontrarse, pero, sinceramente, mi otra hermana y yo no creemos que nunca se haya perdido. Sencillamente, es... inconstante.

Era una forma amable de decir que Briana O'Connell era poco seria, no sólo impertinente y arisca. Una mujer que no sería el tipo de ningún hombre cuerdo, por no decir nada de él mismo.

–Fallon –Gianni tomó las manos de su anfitriona entre las suyas–. He pasado una tarde maravillosa.

–No irás a marcharte...

Él sonrió y le besó levemente las manos.

–Me temo que no tengo más remedio. Tengo una cena esta noche.

–Vaya... Stefano y yo esperábamos que te quedaras cuando se hubieran ido todos. A él le encanta hablar de los viejos tiempos contigo.

–Habrá otra ocasión, te lo prometo. Despídete de él por mí, ¿lo harás?